

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.

## PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. . . . . Pesetas. 2,50  
 Provincias: trimestre. . . . . 3

## REVISTA TAURINA.

## PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. . . . . Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios. . . . . 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

## SUMARIO.

A Rafael Guerra (Guerrita) en su alternativa, por D. Jerónimo.—  
 La corrida del Jueves, por J. Sánchez de Neira.—Frascuelo y  
 Angel Pastor, por Antonio Peña y Goñi.—Preceptos taurinos,  
 por El Mengue.—A Rafael Guerra (Guerrita), soneto, por Don  
 Mariano del Todo y Herrero.—Revista de toros (17.ª corrida de  
 abono), por Don Jerónimo.—Anuncios

## A RAFAEL GUERRA «GUERRITA»

## EN SU ALTERNATIVA.

AMIGO GUERRITA: escribo á V. estas líneas, con un pie en el estribo y otro en el aire. Mañana, día de San Miguel, tomará V. en Madrid la alternativa. Prometí á V. asistir á la solemne ceremonia, y me lisonjeaba la idea de dar cuenta de ella á los lectores de LA LIDIA, pero circunstancias superiores á mi voluntad me lo impiden.

Cuando V. esté recogiendo aplausos en la Plaza de Toros, Don Jerónimo vendrá dando tumbos en un coche del ferrocarril, maldiciendo su infausta estrella que le condena á dieciocho horas de cefalalgia (Carmena explicará á V. esa palabra), mientras los aficionados se regodean viéndole á usted tomar la borla de doctor en tauromaquia, de manos del gran Rafael, manos augustas que espero sean para V. un *porte bonheur* (Sobaquillo le traducirá á V. la palabreja).

Hasta ahora ha matado V. toros alternando; desde mañana será V. matador de alternativa. Antes se había V. tomado los dichos; hoy ya está usted casado.

Esta es, pues, la hora de los obsequios, y yo voy á permitirle mandar á V. el mío, que apañe otros méritos, terdrá al menos el de la sinceridad.

Ahí va, en forma de consideraciones y consejos aderezados fuera de Madrid, y, por consiguiente, fuera de esa atmósfera apasionadísima de la corte que, quieras que no, hace mella en el ánimo mejor templado.

Sé que es V. dócil, que todavía escucha á los buenos amigos, y yo creo serlo muy de V., al hablarle el lenguaje de lo que creo la verdad, y me ha enseñado mi práctica del público y de los toreros.

Y ahora escúcheme V.:

He dicho, hace un momento, que desde el día 29 de Setiembre de 1887, estará V. casado con el toro. Pues bien, no hay remedio; ó la luna de miel ó el divorcio. El toro es una *señora* que no admite términos medios; no basta quererla, hay que estar enamorado de ella, pero enamorado con locura, con pasión, como lo estaba Pepe Ilo, que hoy hubiera pasado por bruto (así como suena), y fué indudablemente el matador más valiente de su tiempo.

Ya sé que no incurrirá V. en la vulgaridad de extrañar que aconseje á V. siga el ejemplo de quien murió en las astas del toro. Si no estuvieran ustedes expuestos á eso, no iría nadie á aplaudirles á la plaza; y justo es que, entre Vds. que cobran, y nos-

otros que pagamos, haya la debida compensación.

Ame V. con pasión su arte; que sea para V. la preocupación de todos sus instantes, la esperanza de todas sus ambiciones, la realización de todos sus ensueños.

Si le digo á V. esto, es porque me consta que hoy no existe para V. más ideal que el toro, ni más placer que lidiar, ni más satisfacción que verse aplaudido. La cuestión de interés se halla en segundo término, pero no le pese á V., que todo llega á su tiempo, y V. ha sembrado ya lo bastante para es perar una buena cosecha.

Hace bastante tiempo que se habló de la alternativa de V., como de cosa hecha.

El año pasado, todos decían que Lagartijo se la daría á V.; y, si mal no recuerdo, V. mismo me dijo en San Sebastián que todavía le hacía á V. falta torear un año más, por consejo de Rafael, para estar en disposición de formar cuadrilla y campar por sus respetos.

El año se ha cumplido, y los deseos de V. se ven satisfechos; pero entonces, como ahora, surge la duda de si reúne V. ó no las condiciones necesarias para dar el gran paso.

Permítame V. que le diga mi opinión. El inteligentísimo aficionado D. José Sánchez de Neira, publicó no há mucho tiempo en estas mismas columnas un artículo notable, como lo son todos los suyos, en el cual le conceptuaba á V. poco maduro para tomar la alternativa. Y de esta opinión de don José, participan seguramente algunos aficionados.

Pues bien, yo que respeto como el que más todos los juicios de Neira en materias taurómicas, me separo de todo del que ha formulado en esta ocasión.

Usted es un gran torero; un torero valiente, arrojado é inteligente, como hay pocos en el día. Viéndole á V. torear, se ve inmediatamente que ha nacido V. torero, y que ejerce el arte con entusiasmo y por vocación, que es lo principal.

Sabe V. adornarse y sabe V. defenderse, y se necesita ser muy miope para no adivinar en V. al torero del porvenir, al que ha de reemplazar, quizá con ventaja, á los dos grandes maestros cuyos nombres no tengo necesidad de citar.

Digo que con ventaja porque es V. joven, tiene apuesta presencia, y reúne V. la fuerza física y la elegancia corporal, el coraje y la valentía, lo que Dios le ha dado y lo que V. ha aprendido. De modo que puede decirse, sin hipérbole, que hay en V. una especie de fusión de Lagartijo y de Frascuelo, fusión que los pocos años de V. hacen todavía más simpática y atractiva.

Le he visto á V. entrar á ciertos quites peligrosos con el ardimiento incomparable de Salvador, y cogerle las vueltas á un toro y llevarse en viaje largo, con la soberana gallardía de Rafael. Le falta á V. aún el imponente arranque del uno y el aplomo fascinador del otro, pero eso vendrá con el tiempo si no lo malogran los golpes.

En suma, como torero no es posible, en mi concepto, que V. dé más de sí que lo que ha dado. Ciertos perfiles se perfeccionarán; algunos impetus inútiles ó inconvenientes se corregirán, pero el arte de torear de V. continuará siendo el mismo, tanto en el fondo como en la forma.

Cuando el público se encuentra con un buen torero, su instinto le dice que allá puede haber un matador, y, teniendo en cuenta la escasez de matadores que nos aflige, se muestra poco exigente para adjudicar el ascenso inmediato.

Dejando á un lado á Lagartijo y á Frascuelo, voy á citar á V. los nombres de dos compañeros, paisanos de V., que recibieron la alternativa con gran contentamiento del público, en cuanto éste vió que eran toreros.

Me refiero á Cara ancha y al Gallito; el ascenso de este último fué doble; ascendió en grado torero y en apodo, porque desde que se hizo matador desapareció el diminutivo del *alias*, y el Gallito se convirtió en Gallo.

Ahora bien; no crea V. que exagero al decirle que en este preciso momento histórico en que toma V. la alternativa es V. tan torero como Rafael y Salvador cuando la tomaron ellos. Deduzca usted de aquí cuál sería mi opinión si le fuera á parangonar á V. con el Gallo y Cara ancha.

Siendo, pues, V., como lo es, un gran torero, ¿á qué estancarse como peón de lidia ó sobresaliente de espadas? A qué alternar nominalmente con éste y el otro? A qué dejar al prójimo un beneficio indudable que nadie más que V. debe explotar?

Usted tiene grandes simpatías; V. tiene muchos devotos; V. tiene en todas partes público que le aplaude y aficionados que le admiran. ¿Y va V. á figurar en segunda línea cuando la gente que paga y que pega le coloca á V. con frecuencia en la primera? Va V. á plagiar al *sic vos non vobis* de las abejas de Ovidio? (A *Un Alguacil* con el latinajo.)

No, amigo Guerrita; V. tiene alas para volar sólo, y hace Vd. muy bien en escaparse del nido. Es V. mayor de edad y no le hacen ya falta tutores.

Pero, ¿será V. matador de toros? Aquí entra el gran problema. Siendo un gran torero, como Dios le ha hecho á V., ¿bastará esa circunstancia para que mate V. toros y alcance como estoqueador de reses bravas los aplausos que al lidiador se adjudican con justo entusiasmo?

Para contestar á esas preguntas hay que establecer previamente la diferencia que hay entre el torero y el matador. Se ha abusado tanto de estos términos; se han confundido tan lamentablemente; se ha desbarrado tanto y tanto en torno de ellos, que es necesario esclarecer el asunto.

Comienzo por sentar la afirmación siguiente: se puede ser un torero consumado y ser al mismo tiempo inepto matador, y no hay posibilidad de ser gran matador y ser á la vez un mal torero. No quiero citar á V. ejemplos del primer caso, porque tendría que herir susceptibilidades. Y cuanto al

segundo, desafío á cualquiera á que me cite el nombre de un gran matador que haya sido mal torero.

La razón salta á la vista; el arte de torear, es decir, el arte de lidiar reses bravas, por más que debe contraerse en puridad á todos los tercios de la lidia, reside hoy en ejecutar con los toros las suertes que requieren los dos primeros estados de las reses: el estado levantado y el estado parado.

En esos dos estados se gana la acción al animal, conservando el diestro toda la libertad de sus movimientos y midiendo el terreno con holgura, porque los quiebros y los recortes, todo aquello que deriva directamente del cuarteo, deja al torero el poder de sus piernas y le pone en situación de calcular las distancias sin que haya embroques, en la rigurosa acepción de la palabra.

El mérito del torero consiste, por lo tanto, en burlar las acometidas de la res por medio de una astucia cuyo principal resorte se halla en la ligereza de los pies ó en la flexibilidad de la cintura, y ese mérito es mayor cuanto son más cortas las distancias, y más reducido el espacio que se coge para recortar al toro.

Pero sea cual fuere la suerte, el movimiento es indispensable; la quietud es el remate de la suerte, es su nota final y se da frecuentemente el caso de que el torero no calcule con precisión las facultades de las reses, y éstas le obliguen á salir por pies cuando el lidiador cree que el animal ha de permanecer parado.

Estos que son incidentes indispensables de los dos primeros tercios, y la inteligencia del diestro para conocer donde se halla el peligro propio y el ajeno, con el objeto de esquivar el primero y acudir al auxilio del segundo, son las cualidades que forman la característica del toreo.

No hay sino fijarse en nuestras corridas para echar de ver, desde luego, que, con pocas excepciones, todos los peones son toreros, puesto que basta á un matador dar letra abierta á su gente para que la mayor parte de los banderilleros recorte y de largas y medias verónicas, y saque á los toros de los caballos con perfección relativa á la categoría que los peones ocupan.

Por más que la diferencia, en la forma, sea grande entre la suerte ejecutada por un peón y por un matador de nota, puede afirmarse que el toreo se hace en colectividad, lo cual demuestra que aunque sea difícil llegar á dominar todas las dificultades del arte de la lidia, hay muchos toreros que, sin ser matadores de toros, cumplen con desahogo como lidiadores y se hacen aplaudir, por tal concepto, con estricta justicia.

Vamos ahora al matador de toros; comparemos, y se verán más claras las distancias que lo separan del toreo.

Pero esta carta ha alcanzado ya extraordinarias proporciones, y aún me queda que decir bastante.

Concluiré, pues, en el próximo número.

DON JERÓNIMO.

Biarritz y Setiembre á 28 de 1887.

## LA CORRIDA DEL JUEVES.

Ya tenemos un matador más de alternativa.

El jueves 29 del pasado Setiembre, la tomó de manos de Rafael Molina el intrépido Rafael Guerra, á los 26 años de edad, y 12 de práctica en el toreo: y si á juzgar vamos por el delirio que en gran parte de la gente produjo su trabajo, el hombre ha debido estar sublime, y mucho más alto que la cúspide de la cumbre del pináculo de la tauromaquia. Sin embargo, un inteligentísimo escritor, que tanto entiende de toros como de letras, ha dicho con gran verdad: «Guerrita ha sido ayer el héroe de la fiesta, y no ciertamente porque su trabajo se ajustara á esas reglas taurinas que señala el arte y que los aficionados antiguos desean mantener incólumes, sino porque no desperdió nada de lo que las reses daban de sí para buscar aplausos con esa valentía que demuestra ante los toros, y que no quisiéramos rebasara nunca de lo que la prudencia aconseja.»

Y otro escritor taurino de los más antiguos

en la prensa, ha dicho al hacer la revista de ese día: «Se trata del doctorado de Guerrita, que creemos un tanto extemporáneo. Rafael II toreando con desahogo, se arrima como pocos y ve como ninguno; pero en el momento de herir le falta mucho, pero mucho, y nada hubiese perdido con torear otro par de años al lado de su maestro.»

Esta opinión también es la del que suscribe, como lo expuso en el número de LA LIDIA correspondiente al día 12 del pasado, y estos dictámenes se confirmaron el jueves por la opinión sensata, observadora é imparcial.

Es el novel espada un peón de primera, aunque inquieto bullidor. Ve llegar los toros como su maestro Fernando Gómez, el Gallo, y remata las suertes, sino con tanta parsimonia, con mayor frescura que Lagartijo. Hizo el jueves quites y recortes, y dió saltos y brincos como el que tiene la *exclusiva* en un pueblo, y á nadie deja adquirir géneros si en su tienda no se compran. Anulado por él—há ya dos años—el aventajado peón que tanto sirvió á su hermano, y que se llama Juan Molina, parece que, respecto á Rafael, lleva Guerrita el mismo camino que el Tato siguió con Cúchares, y aunque el público es tornadizo y voluble, faltale mucho al *nuevo* para llegar al *viejo*. Si la inteligencia de éste no le hubiese ayudado el jueves, posible es que la muerte del primer toro le hubiese costado al aprendiz una cornada, porque sabe poco aún para competir en conocimientos con quien los tiene muy grandes.

No es día este para formular cargos contra Guerra, que además de ser un valiente, es muy simpático, y le sobra voluntad para agradar: pero sí es día de advertirle con sano consejo, que estudie y estudie mucho las suertes fijas, inmutables y exactas del toreo, tal cual Montes las escribió, y renuncie al abuso de las medias verónicas, dándolas enteras á *pie quieto*, y á los demás adornos y desplantes que fueron causa de la pérdida de celebridad que el Gordito había adquirido con justísima razón; y cuidado que en cuanto á torero, en cuanto á saber andar cerca de los toros, de los diestros de entonces ni de los de ahora, nadie se le ha puesto por delante.

De hacer caso de los desmedidos aplausos que el jueves se le tributaron, siempre manejará la muleta echándose los toros encima, por retirarla de pronto y con rapidez, y siempre arrancará de largo, aunque tenga al herir más suerte que tuvo, puesto que, á pesar de lo que sus amigos han dicho, bien sabe que la estocada alta que dió al primer toro, tenía cierta tendencia que retrasó la muerte, hasta el punto de ser preciso el descabello intentado tres veces con el estoque y uno con la puntilla; y sabe también que las demás estocadas no fueron de recibo.

Aquello de introducir el estoque en la cruz por línea recta, partiendo el corazón y rodando el toro en seguida como una pelota, no lo vimos, pero tenemos la esperanza de que, siguiendo nuestros consejos, ha de subir más que con las adulaciones de los fanáticos, y por eso nuestro aplauso al ver su intento de recibir al segundo toro, debe tenerle en mucho. Si á semejanza de lo que hizo en la corrida anterior Felipe García, la suerte de recibir no salió tan perfecta como es en sí, que no desmaye, que la intente *ahora que por lo lo ha de ser*

*aplaidido* que ya, en lugar de despatarrarse, unirá los pies, y estudiando un poco, con su valor y con su audacia vencerá dificultades. Como le queremos para más de un día, le pedimos olvide el jugueteo propio de los pocos años, que ya no es niño, y toree con seriedad, arte y formalidad como exige el rango á que ha sido elevado.

El pobre Rafael Molina, cuya fama *como matador* de toros se derrumba precipitadamente, á pesar de los puntales cordobeses y de los esfuerzos de inteligencia que la práctica le ha dado, hizo prodigios ayudando á Guerrita y poniendo banderillas como en sus mejores tiempos. Matando..... no hay que hablar. Harta desgracia tiene con su falta de valor, y ponerla de relieve sería ensañarse.

La dirección del ruedo absolutamente abandonada. Hubo carreras de monos, de areneros, de caballos, de toreros y demás gente menuda, pareciendo la plaza, en algunos momentos, la escena del *Aquelarre* en la representación del Mefistófeles; tal era la aglomeración de gente insubordinada. Manene y Mojino descollaron en banderillas. El ganado cumplió, aunque fueron lidiados algunos toros más pequeños que los de marras.

La tarde y la entrada, frías, lo mismo que el Presidente que sirvió *al vino*, es decir, cuando los espectadores le gritaban ¡eeeh!

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

## FRASCUELO Y ANGEL PASTOR

6 sea

LA DUQUESA, LA COCINERA Y LA VIEJA.

Sr. D. LUIS CARMENA Y MILLÁN.

¡Venga V. acá, lagartijista de la clase de civiles y gayarrista con uniforme! ¿Cree V., quizá, que le he olvidado? No hay tal.

Ya conoce V. los motivos que me impidieron contestar á cierta magnífica carta particular de V. con otra que yo pensaba dedicarle en LA LIDIA, reseñando una corrida de cuyos incidentes no quiero acordarme.

Desde aquel día andaba yo atormentando inútilmente mi magín para cumplir la palabra empeñada, y ya comenzaba á desconfiar del éxito, cuando he aquí que la casualidad, mi diosa favorita, vino á sacarme de apuros, del modo que va V. á ver ahora mismo.

«Salíme yo una mañana del sol al primer reflejo»

por el camino que conduce desde la Villa Pepita hasta la pequeña estación del ferrocarril de Biarritz á Bayona.

Cuando digo que salí al primer reflejo del sol, digo una grandísima mentira; porque no por la mañana, sino por la tarde, y á las cuatro y media, fué cuando realmente me dirigí hacia la susodicha estación.

Pero me hacían falta los dos versos de Serra para sacar la raya á este prelude, y he tenido que sacrificar el octavo mandamiento á las conveniencias literarias, cosa que V. aplaudirá con entusiasmo, siendo tan devoto del toreo de adorno. ¡Vea usted como también trato yo de propagar, en la medida de mis fuerzas escasísimas, los califeños preceptos de la escuela cordobesa!

Digo, pues, que emprendí la caminata y llegué á la estación á tiempo de que faltaban veinte minutos para la salida del tren.

Con el objeto de hacer menos pesada la espera, entré en la salita de descanso donde hay instalado un puesto de libros, *cuyos* libros (fíjese V. en ese *cuyos*, que es superior y pertenece también al toreo de adorno), me puse á examinar por el forro, único blanco que á mi vista presentaban.

Había en la instalación un centenar de volúmenes, pero mis ojos flecharon en el acto un tomo *in 8.º* francés, que hizo latir mi corazón violentamente.

En su cubierta de color garbanzo acabado de recoger, brillaba al sesgo este título en color encarnado y caracteres egipcios: SAN SEBASTIÁN. Encima del título, y separado de él por airoso bigote, estaba escrito el nombre del autor, Adrien Planté, y en las extremidades superior é inferior de la cubierta, veíanse á babor y á estribor sendos escudos con las armas de San Sebastián el uno, y las de la provincia de Guipúzcoa el otro.

Aquella elegante cubierta, y el nombre de mi pueblo trazado con tanta coquetería en escritura faraónica, fueron sobrados alicientes para decidirme á comprar el libro, como lo hice efectivamente, á cambio de tres francos cincuenta.

— ¡El demonio me lleve si no encuentro en estas hojas algo para Carmena!

Esto dije y las corté con una tarjeta; examiné la anteporta, la porta, 251 páginas en magnífico papel y clara impresión, y una página final en blanco destinada á sencillo y elegante colofón, todo ello impreso en Pau por A. Areas, y acabado de imprimir á 15 de Octubre de 1885 años, según la fórmula Thebusiana.

Doy á V. los precedentes detalles, porque siendo V. bibliófilo ¡una chifladura como otra cualquiera! no me perdonaría su omisión.

Una vez delante del libro bien picado y bien banderilleado, desplegué la muleta y empecé á torear.

Francés que, ocupándose de cosas de España, no desatina en cuanto coge la pluma, es lo mismo que V. hablando con entusiasmo de las óperas de Wagner ó silbando al tenor del *Spirto gentil*.

Y, sin embargo, al emprender la lectura del libro de Mr. Planté, tentado estuve de tirar el ejemplar ó de devolvérselo á la marchante.

¡Me habían robado el dinero; me habían engañado! Sí, amigo Carmena; el volumen que tenía en mis manos hablaba con discreción suma y en estilo elegante y correcto, de la provincia de Guipúzcoa, haciendo oportunas observaciones, emitiendo juicios muy atinados, y dando idea cabal y excesivamente benévola de los usos y costumbres del pueblo guipuzcoano.

— ¿Y para esto me he gastado tres francos cincuenta? Para encontrarme con un escritor francés que habla con buen sentido de los españoles? Vaya una planchal!

Así monologuaba yo, indignado ante aquella obra literaria de la cual había leído ya, fíjese usted bien, ¡doscientas diez páginas, sin encontrar un disparate! cuando un capítulo titulado *Los Toros*, vino al fin ¡ya era hora! á darme precioso asunto para esta carta.

¡Ah ce te fois ça y est!—exclamé gozoso y triunfante—; *Sauvé par les taureaux! Je saisis l'occasion par les cornes et si Carmena s'en plaint, ma foi, tant pis pour lui! Je prends mon bien où je le trouve.*

Que, ¿qué quiere decir ese galimatías? Pregúnteselo V á Sobaquillo ó al doctor Thebussem, y ellos se lo explicarán á V.

Pues señor, que Mr. Planté habla de toros, y relata la aventura más trágica de cuantas han pasado en su larga y accidentada vida de matador de reses bravas, nada menos que á Salvador Sánchez Frascuelo.

Ha de saber V., Sr. D. Luis, que está severamente prohibido á los espadas, brindar la muerte de un toro á nadie que no sea la Autoridad que preside la corrida.

Una vez se burló Frascuelo de esa prohibición en San Sebastián, y verá V. si estuvo á punto de costarle cara la broma, y cuánto ingenio demostró Salvador para hacer las paces con el indignado público.

Aquí dejo la palabra á Mr. Planté y vierto al castellano su admirable relación. Allá vá.

\* \*

«En un palco contiguo al nuestro se hallaban en todo el esplendor de su belleza y de su elegancia, dos notabilidades de la colonia extranjera.

Mucho antes de la corrida, circulaba por San Sebastián el rumor de que habían suplicado á Frascuelo, que les brindase la muerte de un toro.

Esa noticia, abultada, amplificada y exagerada, corría por los tendidos como había corrido por la ciudad.

Era objeto de todos los comentarios, cuando Frascuelo apareció.

Estaba ese día radiante de gloria. Vestido con su traje más brillante, encarnado y oro, llevaba echada con coquetería en el hombro izquierdo una suntuosa capa de raso azul, forrada de blanco, cuyos finos bordados de plata, eran labor de una gran señora francesa que no se cuidaba de disimular sus aficiones taurómacas.

La cuadrilla, después de haber saludado á las autoridades, ocupó sus pases para la lidia.

Frascuelo, que se había quedado solo, se adelantó hacia el palco, blanco de todos los gemelos, y envía con afectación el saludo más galante al cual contesta la más graciosa de las sonrisas, y a sonrisa capaz de volver loco al torero más indiferente, y bien sabe Dios que la clase es muy rara.

Este primer acto de jactancia disgusta á la gente seria; el público comienza á agitarse, pero se calma un tanto, confiando todavía en la discreción de su espada predilecto.

Llega el momento del brindis. Frascuelo se aproxima lentamente al famoso palco, y lanza con voz sonora «*por la más hermosa*» la más ardiente declaración.

Los descontentos le esperaban allí: la frase, comenzada en medio del más imponente silencio, termina entre horrible tempestad de imprecaciones y de injurias.

Sin inmutarse por aquel huracán que confía dominar con su bravura, el espada se acerca al toro con desenvoltura admirable.

Después de dos ó tres pases, lo echa á rodar de una estocada.

La estocada era magnífica, clásica más que ninguna.

El público quiso aplaudir, pero la indignación pudo más que el entusiasmo.

Acompañado de silbidos y gritos de toda especie, el afortunado torero vino al pie del palco para hallar en nueva sonrisa el premio de su victoria y de su popularidad.

Era necesario desarmar á la muchedumbre, y Angel Pastor se encargó de ello.

Frascuelo había brindado su primer toro á una duquesa. Angel brindó el suyo á una rubicunda cocinera, cuyo delantal blanco y rojo pañuelo relucían en la barrera, bañados por el sol.

Angel obtuvo una ovación. Frascuelo comprendió la lección.

Cuando llegó su turno, el público le acogió friamente; conociendo la terquedad de Salvador, todos deseaban ver de qué manera saldría del difícil compromiso.

La ansiedad era general cuando los clarines tocaron á muerte.

Frascuelo, tranquilo y sonriente, vuelve la espalda á los palcos; se dirige hacia el extremo opuesto de la plaza; escudriña todos los rincones, sobre todo la parte reservada al bajo pueblo, como si buscara algún objeto precioso.

Se detiene, en fin, radiante ante una horrible vieja desdentada, indudablemente la decana de la reunión, y, con gracia encantadora, le brinda el segundo toro.

Una inmensa carcajada acoge el gracioso brindis del torero.

Este, sin perder tiempo, se vá á la cabeza del toro.

Jamás pareció más gallardo, ni más ágil, jamás más intrépido, ni más audaz.

La gracia de sus movimientos (!), la flexibilidad de su cuerpo (!!), la alegría de su toreo (!!!) arrebatan al público entusiasmado ante tanta sangre fría y tanto valor...

Cuando el toro, como herido por un rayo, rueda á sus pies, la plaza parece hundirse bajo la explosión del regocijo popular.

El espíritu reivindica en todas partes sus derechos.

Los jueces se habían reído; el culpable estaba perdonado.»

\* \*

Y si no le hubiesen perdonado, no hubieran tenido vergüenza: ¿verdad, amigo Carmena?

Vamos, ¿ve V. como hasta en Francia cunde el toreo de adorno, la escuela cordobesa? ¡Eso sí que es dar un recorte con los pies muy parados y la cintura agitanada! Eso sí que es dar una patata en el hocico y gritar: ¡ole mi niño! ¡Me valga Dios qué franceses!

¿Por qué dirá V. que he elegido este asunto para dedicárselo á V.? Pues porque V. es la encarnación del reaccionario en aficiones musicales; porque le vuelven á V. loco en el teatro Real los fuegos artificiales de la garganta; porque goza V. con los gorritos babilónicos de la *Semiramis* y con los filados bizantinos de Gayarre!

Ande V. con la melodía de Planté, cómasela con un terroncito de azúcar, beba V. una copita de rosa y fúmesela luego un cigarrillo de anís. Si no puede V. digerir tanta dulzura, tome V. licor acaramelado de los Benedictinos de Vilaalmbar y, vamos, que si no revienta V. de lombrices, será V. incorruptible cuando se muera.

Y ya sabe V. que lo que yo quiero es que viva usted mil años, y yo mil y uno para asistir á su entierro.

Después de cuyo deseo, no me queda sino saludar á V. cordialmente y repetirme suyo afectísimo amigo

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

*Biarritz y Setiembre (sin p) á 16 de 1887.*

## PRECEPTOS TAURINOS.

A los toros se les liere avisándolos con la muleta montada sobre el pico del palo, cuando de la posición natural *humillan* para *cogerla*. Entonces enseñan el *morrillo*, y los matadores que tienen conciencia para *verlos llegar*, los *meten* la mano con conocimiento y se *salen fuera de cacho*.

\* \*

En la cabeza se cuadra; la muleta se *agrandada* para que los toros la vean; el giro de los ojos se tiene muy presente para prevenir las *coladas*; se los *deja llegar* para que se *desengañen*; se les *pasa poco* y se procura *dejarlos* lo más *corto* posible y lo más *derecho*, y con todos estos elementos hábilmente combinados, se los *hiere* avisándolos, para *vaciarlos* sin que hagan *enmiendas*.

\* \*

Los toros *inciertos* se *pasan* muy *cortos*, se *enderezan* al cuarto ó quinto pase que han tomado, se les *llena* la *cara* de muleta para consentirlos, y cuando se *igualan* de las *manos* y colocan la cabeza en la misma dirección del *rabo*, se les *arranca* á la distancia que las facultades de sus *patas* permitan, y se los mata siempre que los *huesos* no lo impidan.

\* \*

La muleta sirve para *educar* á los toros y *castigarlos*, y si de-componemos estas dos palabras, tendremos que la educación consiste en *tantear* las facultades de las *patas*, *enderezarlos*, *igualarlos*, *sacar* por la *cara* la muleta cuando *entran* y *salen sueltos*, por alto si bajan la cabeza, por bajo si la levantan, *fijarlos* cuando se *extrañan* y de cobardes se asustan de los bultos, *agrandar* ó *achicar* esta misma muleta según convenga, pasarla á la mano derecha si se *acuestan* del lado de la muerte, tasar precisamente el número de pases para que los toros no lleguen al aburrimento; y, por último, el buen toreo llama castigo á los *pases* en que los toros recorren toda la muleta y se *revuelven* en el *pico*, y aquellos en que sacándola desde la cabeza al rabo, sufren un destronque las articulaciones, capaz de hacer oír el crujido de los huesos.

\* \*

El que *arranca corto*, debe *herir derecho*. Sólo tiene disculpa cuando los toros se *embeben* ó cuando se *salen* de la muleta.

Las dudas y la falta de oportunidad traen el *aburrimento*, el *aburrimento* la *defensa*, y la *defensa* suele acarrear unas veces las *cornas* y otras la media luna. Para evitar estas contingencias, siempre desagradables, existe en el toreo una palabra: esta no es otra que *aprovechar*.

\* \*

Cuando los toros manifiestan *codicia* por el *bulto*, en el *tanteo*, entonces pueden admitirse los movimientos un tanto violentos; pero mientras los toros no *distingan*, los pases naturales deben precisarse sobre las manos para dar lugar al *de pecho obligado*, que generalmente es de buen efecto.

\* \*

Es muy bonito *dejarse* los toros á la *espalda* y *quedarse adornado* en la *cabeza*; pero también es innegable que los toros se *apurán*

de facultades en los recortes, se defienden en las banderillas, y llegando mansos á la muerte, pueden coger, aunque sea huyendo, al meterse en las querencias.

Los toros sólo se pasan con la derecha cuando se recuestan sobre las tablas ó se colocan en la querencia de un caballo muerto, tapando la salida del matador que en tal terreno intenta colocarse.

Cuando los toros llegan mansos al tanteo bien por su condición natural ó por los abusos de los toreros, que de todo hay en la viña del Señor, deben aprovecharse los momentos y matarlos antes que se aburran, porque la experiencia ha demostrado que los toros de estas condiciones cogen más pronto, cuanto más pronto se huyen.

El que quiera llamarse con justicia buen banderillero, debe desofiar corto, arrancar de poder á poder, cuadrar admirablemente, girar con maestría, castigar en su sitio, todo lo reunido que cabe, y salir de la cabeza con holgura y regularidad.

Los picadores nunca deben agarrar los toros por las espaldillas ó por el pescuezo; por las espaldillas, porque los toros se acuestan del lado que más se lastiman, y por el pescuezo, porque se desarman de la cabeza. Cogéndolos por el borde del morrillo se consigue aplomarlos sin que adquieran resabios, y se les arregla la cabeza, único elemento que al matador debe inspirarle desconfianza. Deben también evitarse los puyazos traseros, porque como cogidos más atrás de los morrillos manejan la cabeza casi con entera libertad, se vuelan sueltos y dan caídas de malos resultados para los huesos.

Tampoco debe picarse fuera de la suerte natural, ni en las querencias, ni en los marmolillos, ni en los terrenos desiguales que es donde más pesan los toros. Con todos estos elementos reunidos, puede hacerse una lidia regularizada, mal que pese á los ganaderos, que sólo desean ver acosar sus toros y atracarlos de carne, que muchas veces matan por quitarse de la cabeza una cosa que les acobarda.

El buen picador nunca debe porfiar á los toros donde sabe que no han de arrancarle, comerse el palo cuando el peligro no asoma, alargarle cuando los toros se rebullen con poca codicia, echar los caballos atravesados cuando aquellos vienen dando, y por último, desestribar para caer hasta el extremo de perder la reunión, y por consiguiente, la fuerza necesaria al castigo que los toros deben llevar en los morrillos.

Lo que mejor hay que aprender en la suerte de vara, es á caer sin desarbolarse.

Los toros se pican, pero no se trompican. Trompicando no hay reunión; no habiendo reunión no hay castigo, y no castigando no hay defensa.

EL MENGUE.

Á RAFAEL GUERRA (Guerrita).

SONETO.

Ya el grado superior has alcanzado de las taurinas lides en la escena; ya marcado tu sitio está en la arena entre los que hasta aquí te han enseñado. Por la ardiente afición solicitado, tu habilidad artística y serena lucirás en la clásica faena, y aplaudido serás y festejado. Mas aunque abundes en fortuna y gloria,

aprende siempre y nunca te remontes del desvanecimiento al falso cielo; y si un puesto pretendes en la historia, sigue el ejemplo de Romero y Montes, de Arjona, de Molina y de Frasuelo.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

TOROS EN MADRID.

17.<sup>a</sup> CORRIDA DE ABONO.—2 DE OCTUBRE 1887.

Toros de D. Anastasio Martín; cuadrillas las de Rafael, Salvador y Mazzantini; hora de dar comienzo, las tres.

Rompí plaza Ciervécito; cárdeno salpicado, careto, gargantillo, muy recogido de cara y de cuernos. Tomó siete varas, dió dos caídas y mató dos caballos. Cirilo dejó en la última vara encajada la garrocha.

Entre Torerito y Mojino pusieron tres pares al cuarteo, siendo muy bueno el de Mojino. Durante el segundo tercio estuvieron abiertas las puertas de la barrera, para ver de quitarle el trozo de garrocha que conservaba el toro, lo cual no pudo conseguirse.

Un mono sabio se la arrancó por fin desde el callejón. Rafael, de grana y ore, y previó el consiguiente brindis, dió al toro cuatro pases y una corta caída, á paso de banderillas; otros cuatro pases y disparó una corta, cuarteando, en las tablas, terminando con una baja, oblicua, á paso de banderillas. Se echó el toro, lo levantó el puntillero, y volvió á echarse definitivamente. (Pitos y alguna palma.)

2.<sup>o</sup> Rabicano; negro girón, ojalado, salpicado, de libras y bien colocado. Tomó cuatro varas, dió una caída y mató un caballo.

El Pulga salió por delante, clavando un buen par, consintiendo, sin que el toro se moviera; siguió Ostión con otro par, cuarteando, terminando Pulga con uno trasero, también al cuarteo.

Salvador, de azul y oro, despues de una magnífica faena de 14 pases, dió un mete y saca y una pasada sin heir; otro pinchazo, otro en hueso, despues de tres amagos, y terminó de un mete y saca á paso de banderillas. (Muchos aplausos y algún sibido.)

3.<sup>o</sup> Estrellito; cárdeno franciscano, bragado y meano, caribello, ojinegro y corniabierto. Tomó nueve varas, dió una caída y mató dos caballos. Agujetas obtuvo una justa ovación.

Entre Galea y Tomás, clavaron cuatro pares al cuarteo, siendo muy bueno uno de Tomás á toro parado.

Mazzantini, de verde y oro, despues de un copioso trasteo, dió un pinchazo á volapié y agarró una buena estocada en la misma forma, algo trasera y caída. Descabelló á pulso al tercer intento. (Palmas.)

4.<sup>o</sup> Ratito; como su nombre lo indica, era una ratita negra, sin cara ni cuernos, que tomó seis varas, dió una caída y mató un caballo.

Mojino puso un excelente par al cuarteo, y Torerito otro muy bueno en la misma suerte; siguió Mojino con otro bueno, y terminó Torerito con medio. (Palmas á los chicos.)

Rafael, despues de un trasteo acompañado de los olés guasones de todo el auditorio, se apoderó de la mona de una estocada hasta la mano, un poco ida y contraria. El puntillero acertó á la cuarta. (Palmas á Rafael.)

5.<sup>o</sup> Mochilón; negro, pequeño, bien colocado. Entre los olés coreados del público, tomó nueve varas, dió una caída y mató dos caballos.

Entre Ostión y Pulguita, pusieron tres pares al cuarteo y á la media vuelta, estando el toro por completo descompuesto; y Salvador, despues de un trasteo dificultoso y deslucido, y acompañado de los olés guasones, le quitó de enmedio de una en hueso sin soltar y un bajonazo al lado contrario.

6.<sup>o</sup> Tortolillo; cárdeno salpicado, bragado y meano, ojalado y caribello, bien armado. Tomó seis varas, dió dos caídas y mató tres caballos.

Tomás Mazzantini clavó medio par, cuarteando; Galea uno, y con medio más terminó el primero.

Mazzantini, despues de seis pases, dió un pinchazo en hueso, otro bajo arrancando, un mete y saca, echándose fuera, y media estocada saliéndose de la suerte.

RESUMEN.

D. Jerónimo, que ha llegado ayer del extranjero, nada menos que del extranjero, con los huesos molidos y la cabeza destrozada, cumple el grato deber de saludar cordialmente á los lectores de LA LIDIA.

Y despues de este saludo, volvamos á nuestra acostumbrada tarea.

Fría y sosa con respecto al ganado, resultó en general la corrida de ayer. El primer toro fué un tonto en todos los tercios, y como tonto hizo la pelea. El segundo muy tardo en varas; no dió tampoco juego. El tercero y el cuarto fueron voluntarios, pero sin poder alguno, y el quinto y el sexto dos guasones, aunque éste último tomó algunas varas con bravura, y tuvo el acierto de matar tres caballos. Como lámina la tuvieron bonita el 2.<sup>o</sup>, 3.<sup>o</sup> y 6.<sup>o</sup>, y como defensas ninguno de ellos brilló por su abundancia; el 4.<sup>o</sup> y el 5.<sup>o</sup> eran chotos por la cara y por los cuernos, y en cuanto á traer respeto, sólo el 2.<sup>o</sup> tuvo apariencia de tal.

Rafael.—Le tocó en su primero un animal completamente quedado y con hechuras de manso. En las tablas estaba cuando el matador se dirigió á él, allá era donde

había que tantearlo, pero Lagartijo, poco amigo sin duda de aquel terreno, mandó á los peones que despegasen al toro. El toro se empeñó en no dejarse despegar y entonces, con un desahogo increíble, el puntillero del matador metió repetidas veces una banderilla en la parte posterior del animal obligando á éste á salir contra su gusto, de la querencia.

Ya lo saben los matadores del porvenir que quieran seguir los novísimos preceptos de la flamante escuela cordobesa: cuando un espada sea poco aficionado á las tablas, y el toro se emperre en permanecer en ellas, no hay sino hacer una seña al puntillero para que este clave desde el callejón y libre de cacho, un par ó más, si es necesario, en el mismísimo trasero del toro. Y á vivir, que todo es torear.

Este preámbulo basta para comprender lo desconfiado que estaría Lagartijo, tanto al pasar como al herir en su primer toro, y lo deslucida que resultaría la faena, por dar al animal, no la que éste pedía, sino la que al matador le plugo darle.

En su segundo bicho enmendó las faltas cometidas en el anterior, y en verdad que, de no hacerlo, hubiera sido acreedor á las más agrias censuras. Tratábase de un verdadero mono, que acudía al engaño como un borrego, lo suficientemente quedado para que Rafael no se empeñase, como lo hizo en adornarse. Algunos olés tan exagerados como intempestivos, dieron margen á una explosión cómica de aclamaciones de entusiasmo que duraron todo el tiempo que empleó Rafael en una faena, cuyo final fué una soberbia estocada, arrancando con alma, y que valió al matador muchos aplausos.

Salvador.—Su primer toro era un reo de cuenta que no quería dejarse matar. La faena tuvo una primera parte soberbia; nos referimos á aquel trasteo serio, ceñido, magistral, con que quiso fijar á su enemigo. Despues de este principio, cuyo mérito apreció todo el público, Salvador se empeñó en dos cosas: primera, en que el toro ni hacía por él ni se descubría; y segunda, en que aquel toro, que no acudía y se tapaba, era susceptible de ser muerto por delante. Esta contradicción nos hizo perder lastimosamente un tiempo que Frasuelo podía haberse ahorrado con un mete y saca eficaz, en vez de pasarse su juventud hiriendo á la atmósfera y aburriendo al público tanto como al toro. Sr. Salvador: eso de demostrar que debe matarse un toro de una manera que el mismo matador se esfuerza en probar que es imposible, no se le ocurre ni al que asó la manteca. Y perdone V. la franqueza.

En su segundo, que traía también mucho que matar, no sabemos si los olés guasones descompusieron al matador, pero el resultado es, que éste se descompuso y salió del paso de cualquier manera, clavando un enorme sablazo en el lado contrario, arrancando largo y con viaje bilioso.

Mazzantini.—Como de costumbre, sus dos toros le torearón á él á pedir de boca. En el primero arrancó con coraje y agarró una sobe bía estocada que fué muy aplaudida; pero en el segundo, que conservaba muchas piernas y había estirado el hocico alguna que otra vez, tomó el matador sobrado terreno, cuarteo cuanto quiso y gracias á su estatura colosal, pudo coger el sitio de la muerte disparando la media final.

En la brega y qutes, los tres matadores trabajaron á porfía, escuchando muchos aplausos y correspondiendo la mayor parte de ellos á Mazzantini.

Dos palabras con respecto al incidente de los olés. Celebremos que el público haya comprendido al fin lo ridículo de ciertas exclamaciones, más dignas de ser dirigidas á un bolero ó cantaor flamenco que á un lidiador de reses bravas.

Si los olés han quedado suprimidos, nos alegraremos mucho por la seriedad del espectáculo, por más que creemos que habrá muy pocos que sean de nuestra opinión; pero si se toman como cuestión de pitoreo, ande Villamelón ó ande Madrid, que para el caso es lo mismo.

De los banderilleros, se lucieron mucho Mojino y el Torerito, á quienes correspondieron los honores de la corrida, tanto más, cuanto que los toros dejaron llegar muy pocas veces.

Agujetas picó superiormente y se llevó las palmas de la tarde.

Presidió la función el popular editor de música D. Benito Zozaya (34, Carrera de San Jerónimo, 34), y en honor de la verdad debemos declarar que el apreciable Teniente interino, salvó la situación presidiendo fuera de cacho ó sea dejándose presidir por el público, con lo cual puede decirse que hizo un brillante debut el popular editor de música D. Benito Zozaya (34, Carrera de San Jerónimo, 34). La entrada floja.

DON JERÓNIMO.

PLAZA DE TOROS EN PANAMÁ

Una magnífica acaba de construirse en PANAMÁ.—(REPÚBLICA DE COLOMBIA.)

Los dueños desean ponerse en comunicación con los toreros que quieran trabajar en ella durante una temporada que comenzará en Diciembre para concluir en Marzo. Se encontrarán buenos toros y un público muy aficionado. Para detalles y explicaciones, dirigirse al Administrador de la Plaza

DON TOMÁS ARIAS.

CAJILLA, N.º 35.—PANAMÁ.

República de Colombia.

MADRID: Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

